LAS AVENTURAS

DE LA

HIJA DE UN REY,

REFERIDAS POR ELLA MISMA.

Que mon nom soit caché puisqu'on le persécute !
(Volt., *Tancréde.*)

MADRID :
Imprenta del Censor, Carrera de S. Francisco.

1821.

LAS AVENTURAS

DE LA

HIJA DE UN REY (1),

REFERIDAS POR ELLA MISMA.

Hija de un rey, y acostumbrada al destierro y á las lágrimas, tal vez moverá á compasion el ánimo de los hombres la relacion de mis aventuras.

Mi padre nació cerca del trono en una de las regiones mas hermosas de la tierra, y debió la corona á los infortunios de su familia, que, obligada á embarcarse en un mar proceloso, fue víctima lamentable de una tempestad. El tambien estuvo para perecer; y salvandose en fin milagrosamente de la furia de las olas, fue arrojado á las costas

(1) La carta constitucional de Luis XVIII, rey de Francia.

de una isla cuyos habitantes le hicieron un acogimiento digno de su clase. Mas no hay duda de que bajo un cielo extrangero, en el lugar de nuestro destierro, se acuerda uno con mas viveza de su patria, se la echa mas de menos, y se la quiere todavía mas. Mi padre no pensaba sino en el reyno de sus antepasados, y le afligia mucho verse apartado de él, por no poderle proporcionar la dicha que le tenia preparada. Poseido de esta idea empleó el tiempo de aquel retiro en cultivar las letras y la filosofía; debiendose contar en el número de los consuelos que hacian mas apacible su soledad la particular atencion que puso en cuidar de mi madre. Era esta alta, robusta y hermosa (1): la cuna de sus mayores se encontró en las selvas; y traida á aquella isla famosa, es guardada por sus reyes con el mayor esmero: es el paládio del estado. Mi madre practicaba sus deberes con austeridad; su genio asistia al trono con vigilancia; su nombre se invocaba en todas las solemnidades. Cuanto mas la veía mi padre, mas estudiaba su caracter y sondeaba su espíritu, y mas aprecio hacía de

(1) La Constitucion de Inglaterra.

ella: al fin, yo fuí el fruto de esta augusta union.

Criada delante de sus ojos, al paso que iba creciendo fomentaba la esperanza de volver con mi padre á su patria, y de llevar á ella las virtudes de mi madre; pero las circunstancias nunca eran favorables á nuestros deseos, y veía con dolor mezclarse entre las caricias paternales el sentimiento forzoso de dejarme tal vez abandonada en un pais extraño. Cada dia pedia al cielo que restituyera á mi padre su corona, y el cielo al cabo compasivo oyó mis humildes ruegos. No lo podiamos creer al principio. ¡Tan poca confianza nos inspiraban muchas personas de las que primero vinieron á traernos la noticia! Mas viendo luego mi padre entre la multitud á algunos servidores suyos antiguos, que nunca le habian olvidado, y cierto número de ese linage de gentes que jamas se equivocan en tomar el momento oportuno para tributar sus adoraciones al poder, ya no le cupo duda: bendijo á la providencia, y se dejó llevar por el impulso de un pueblo loco de alegria hasta las puertas de la capital de su reyno. Antes de entrar en él se paró en un palacio donde se encontraba reunida toda

la nobleza del pais, y allí fue donde mi padre declaró mi nacimiento: allí fue tambien donde mandó congregarse á los supuestos sabios del reyno para deliberar acerca de la forma que mas convendria para presentarme en la ciudad y en la corte. Entre los miembros de aquella asamblea reconoció mi padre á varios de los que al tiempo de la tempestad se habian mantenido quietos en la playa, sin prestar auxilio á su navío; si bien no habian estimulado con sus ruegos la cólera de Neptuno. Fijó su particular atencion en cierto sujeto que le recordaba las facciones de un antiguo abate, petimetre y cortesano, que habia en otro tiempo agradado á las señoras por su cabello rubio (1); que concurria á todas las funciones mas brillantes, y que se acordaba de haberle visto salir de un gabinete á celebrar el sacrificio de la misa á campo raso en una fiesta pública; mas habiendo oido á alguno preguntarle por su esposa, pensaba haberse equivocado, hasta que últimamente dando el primer paso para acercarse, le reconoció por su modo de andar. El primer impulso que tuvo mi padre fue

(1) Talleyrand, obispo de Autun.

de recibir con frialdad á un hombre que tanto tiempo habia servido á sus enemigos; pero informado de lo que habia hecho en esta última ocasion, olvidó sus antiguos errores para no pensar sino en sus recientes servicios. Luego que mi padre le habló de mí, mostró alguna turbacion; lo que me maravilló bastante, porque tenia oido que muchas veces habia hecho sacrificios en el ara de la Santa de mi nombre. Intereses mayores pudieron mas que sus objeciones, y quedó decidida mi presentacion, aunque el color de mi trage fue objeto de una discusion; queriendo obsolutamente mi padre, movido de ciertos recuerdos agradables, que me presentase vestida de blanco, y hallando alguna contrariedad su gusto para mi primera entrada en la capital del reyno.

Todo el pueblo fijaba con ansia sus ojos en el augusto autor de mi vida, y en mí; principalmente los hombres, mucho mas deseosos de conocerme que las mugeres. El atractivo de la novedad ejerce siempre grande imperio en el alma de los primeros, y yo tambien me hallaba entonces fresca y lozana. Pareciame mucho á mi madre; tenia su ademan, su constitucion

robusta y hermosa; se asomaba en mis labios una sonrisa consoladora; mis ojos espiraban bondad; no se percibia en mis acciones la timidez propia de una joven que se presenta al público la primera vez: en fin estaba segura del gusto que causaria mi vista, aun cuando todas mis facciones no estuvieran enteramente formadas. Y por cierto no me engañé: fui recibida con júbilo en la ciudad: la juventud no se cansaba de mirarme, causandome mucho placer sus vivas aclamaciones: confieso mi flaqueza. No menos contento quedó mi deseo de agradar en la corte; los cortesanos viejos, poco acostumbrados á mis modales, me miraban como á una advenidiza; les parecian ridículos la sencillez y corte moderno de mis vestidos; y me acuerdo que uno de ellos dijo con desprecio, que tenia el *ayre villano*; espresion que me lisongeó mas que cuantas flores habia oido. Verdad es que no podia prometerme grandes triunfos entre señores de la antigua corte, tratando como iguales á todos los súbditos de mi padre, no haciendo caso de la ceremonia, y despreciando el humo de la vanidad humana. Esponia sin rodeos mi opinion; no contenta con las egecutorias,

buscaba el mérito en el alma de sus poseedores, y á veces me burlaba tambien del tupé y los rizos de ala de pichon.

Mi padre, alegre del acogimiento que me habian hecho sus pueblos, quiso franquear mi comunicacion, y que me amaran todos como á su propia persona. Se valió de mí para prometer solemnemente el olvido de los dias de la tempestad; que dejaría gozar á las madres de la compañía y asistencia de sus hijos; que respetaría el santuario de las conciencias; que haría á la justicia sentarse en el trono; que nunca enriquecería al Estado con los despojos del huérfano; que sancionaría todos los dones de la fortuna; que adoptaría todo esplendor nuevo; últimamente, que una vez al año oiria delante de mí los deseos de sus súbditos. El reconocimiento debido á tanta magnanimidad redundó en mi favor: cantabanse en todas partes mis alabanzas, y ya no podia salir al público sin que me acompañasen los ruidosos vivas de una alegría general.

Mas pronto se nublaron los dias de mi gloria y felicidad. Como habia nacido fuera del reyno y no me criaron en la corte, aquellos pocos á quienes no agradaba,

suscitaron varias dudas acerca de la legitimidad de mis derechos: principalmente uno de ellos, bien ingrato, pues me debe su celebridad, y sin mí se hubiera quedado su talento desconocido en el rincon de una provincia, siendo á la sazon el primer magistrado de una de las ciudades principales de la monarquía, dicen que protestó contra mi nacimiento: otros tambien juraron mi ruina secretamente; y algunos, mas mañosos, al ver que festejandome complacerian á mi padre, árbitro dispensador de todas las gracias, aparentaron amarme por ambicion. No me costó trabajo distinguir entre estos últimos á uno muy famoso, cuya reputacion se ha estendido mucho y ha caminado con él por ambos mundos (1).

Me habian ponderado infinito su ingenio, la gracia y brillantez de su imaginacion; y asi cuando le ví venir hácia mí, sentí cierta emocion, haciendo gran mérito de su aprecio. Me gloriaba de poder ensayar la eficacia de mis atractivos en un alma iniciada en los misterios mas suaves del amor y de la hermosura. «Salve, hija del destierro y de la desgracia, me dijo: pronto me veré yo como el ciervo viejo emblanquecido por

(1) M. de Chateaubriant.

los inviernos; mas una larga experiencia de la vida me ha mostrado que el corazon del hombre se parece algunas veces á la esponja del rio, y otras á aquel pozo natural que en lo hondo presenta á la vista un taymado cocodrilo. En este lugar inferior todos lloran; el morador de la cabaña y el de los palacios: yo he visto llorar á pastoras y á princesas, y me ha admirado la cantidad de lágrimas que contienen los ojos de los reyes. Tambien yo he cantado el hymno de los dolores. Mi padre tenia una vasta y hermosa choza; sus carneros bebian del agua de mil torrentes, ¡ y yo anduve errante sin patria ni hogar! ¡He visto el humo de las fiestas del estrangero; el desierto ostentó delante de mis ojos su anchuroso silencio; he oido suspirar al alma de la soledad, y la luna me ha contado su gran secreto de melancolía. ¡Virgen de los nuevos amores! ¡el viejo celibatario de los mundos ha permitido que volvamos á tomar asiento en los festines de nuestros padres, y que veamos otra vez el sol de nuestra sábana (1). Tu te has aparecido en medio de la tempestad como la paloma mística del arca de salvacion: na-

(1) Sábana significa en lenguage americano *prado espacioso* en que pastan los ganados.

ciste como una blanca vestal : tienes las gracias del dia, y la noche te ama como al rocio : sabes palabras mágicas que adormecen todos los dolores : tus abrazos enlazan al presente con el pasado como al bejuco con la encina : eres hermosa como el desierto con todas sus flores y vientos frescos: tu voz es tan armoniosa como los acentos del Homero de las selvas. He visto las gamuzas del monte, he oido las palabras de los hombres hartos de vivir; pero ni la suavidad de los chotos ni la prudencia de los ancianos son tan agradables y tan eficaces como tus expresiones. Tu curas las heridas como la hoja de papayo; los viejos que cuentan muchos dias de vida y los hijos de Adan que todavía no cuentan treinta inviernos, fumarán al rededor de tu morada en el calumet (1) pacificador; y hasta que bajen á la cuevecilla vestida de pieles, de donde no se vuelve á salir, todos los hombres de la carne blanca te traerán en su corazon como la memoria del tálamo de sus padres. Salve, virgen de los nuevos amores (2).

---

(1) Nombre de una pipa de que usan los selvages americanos y es entre ellos un símbolo de paz.

(1) *Toda esta* conversacion se ha insertado en un romance célebre. *(Nota del editor francés.)*

Un discurso tan extraño me dejó pasmada; y como aquel tono distaba tanto de la sencillez de mi lenguage, no acerté á responder. Sabido es que no me cuadran las formas orientales; y asi que nos costaria mucho trabajo entendernos. Me escribió varias cartas, dignándose descender de la elevacion de su genio por consideracion á mí: las léí y admiré el talento; pero sus frases hablaban con el ingenio sin llegar al corazon: se notaba cierta violencia que hacia sospechar de la sinceridad de los sentimientos expresados con ellas. Tambien sabia yo que en el autor influían siempre conexiones antiguas que halagaban su vanidad; y no dudando de su adhesion á mi padre, me acordaba sin embargo de que como otros muchos habia quemado algunos granos de incienso en obsequio de cierta cuna que su imaginacion poética representaba como *cargada de la suerte del mundo*. Otras veces me daba consejos opuestos á las lecciones de mi padre; y como cada dia estrechaba mas y mas los vínculos de la amistad con *hombres de la carne blanca* y *blanquísima* que nunca me han querido, principié á recibirle con frialdad, y concluí por no volverle á ver. Luego ha querido

vengarse de esto escribiendo contra mí, y me ha atribuido faltas que no tengo, y culpas que no cometeré jamas: Las cartas que ha dado al público claro es que no podian darme gusto; pero dicen que todavía me trataba peor en su correspondencia secreta: Me han traido algunas notas que no he querido leer, por estar escritas en lengua extrangera. Parece que en el dia se halla cerca de los grandes genios de las tribus del águila y del leopardo: ¡quiera Dios que su voz tan *suave como los sonidos del chichikue* (1) *aplaque á Matchimanitu* (2)!!!

Siendo muy joven y no estando todavia acostumbrada á verme en concursos de gente, pusieron á mi lado varias personas para que me atendieran, acompañaran y observaran mi estrella; pero estas menos empleadas en el desempeño de su encargo que en ver cómo podrian salvarse de toda responsabilidad, hicieron poquisimo caso de mí: apenas querian salir conmigo en público, cuanto menos llevarme á la corte. Mis enemigos cantaban victoria; mis amigos murmuraban de esta flojedad; el res-

---

(1) Instrumento de los selvages.

(2) Dios de la guerra y del mal.

peto que me tenian decaía; principió á dudarse de mis promesas; la inquietud se mezcló con aquella alegría pura que inspiraba antes, y por último nada adelantaban los que levantaron la voz para reclamar mis derechos desatendidos. Dolíame mucho de haber caido en tales manos, cuando ocurrió un suceso (de infausta memoria) que manifestó toda la incapacidad de los secretarios de mis órdenes.

El gefe de una isla selvage (1) atravesando el mar en una lancha frágil arribó á nuestra playa, y plantó en ella el estandarte de la guerra: su presencia me causó una revolucion.

Asi como en tiempos antiguos invocaban á Neptuno los navegantes cuando les amedrentaba una tempestad, asi aquellos que estaban á bordo del navio del Estado pensaron que yo sería su mejor amparo presentandome como una deidad tutelar contra el azote que les amenazaba. Sacaron mi imagen del templo en que la tenian abandonada; la mostraron al pueblo con grande aparato; y no habiendo parecido bastante solemne mi presentacion en la corte, me ciñeron la frente con una coro-

(3) Napoleon.

na. Renovó mi padre el juramento de amarme toda la vida, siendo este acto muy conforme á su corazon; concurrió su augusta familia, y los notables correspondieron con aclamaciones unánimes; pero al traves de las protestas de los cortesanos, percibia yo ciertos indicios de doblez y de falsedad: les temblaba la mano al tiempo de levantarla delante de mis arás, y su sonrisa era parecida á la alegría de aquellos guapos que cantan cuando tienen miedo.

El caracter imponente de esta solemnidad, y la solicitud real que la hizo todavia mas patética, causaron profunda impresion; pero ya no era tiempo. Ya no era tiempo de que pudiese, como la antigua Juana de Arco, salvar al rey y el trono. En vano pedí una espada: la impericia de mis ayos, el culpable cuidado que habian puesto en tenerme oculta dieron cabida á recuerdos pasados, prestaron armas al odio, trastornaron la fidelidad, y se vió mi padre obligado á dejar sus estados yendo yo con él á su nuevo destierro.

Entre las personas que nos acompañaron ó que vinieron á juntarse con nosotros despues de haber probado los desaires del nuevo imperante, observé, no sin pena,

que el mayor número amaba á mi padre mucho mas que á mí: procuraban indisdisponerme en su ánimo, y llegaban hasta achacarme todas sus pesadumbres. El amante poético, cuyos pomposos rendimientos habia despreciado barruntando su inconstancia, empleó entonces todo su fatal influjo en contra de mi persona, y llegué á temblar de que el corazon paternal, exasperado por la desgracia, no admitiese tan funestas impresiones.

Informado de mis disgustos y recelos el hombre que se habia sentado en el trono de mi padre, procuró que se me hicieran algunas proposiciones. Me ofrecia el mismo rango que habia disfrutado en la corte y en la ciudad; pero añadía al contrato ciertos artículos que me disgustaron mucho. ¡Cruél! Llegaba hasta exigir de mí juramento de que no volveria á ver á mi padre, como si en medio de mis sobresaltos hubiera yo confundido jamas al augusto autor de mi vida con los que procuraban arrancarme de su corazon. Me habian dicho tambien que este nuevo y feroz amante no habia podido vivir en otro tiempo con varias mugeres que se me parecian, y que tan mal galan como el señor Barba-azul,

las ahogaba despues de haberlas privado de su libertad: desprecié, pues, sus ofertas, y me puse en manos de la Providencia.

Velaba el cielo por nosotros, y mi padre no tardó en verse restituido á su palacio. Yo estaba cansada del viage, y no podia andar sin apoyarme en algo. Un sugeto, que en tiempos antiguos habia servido á la Santa de mi nombre con fanático celo, y que la habia presentado sus ofrendas manchadas de sangre (1), se presentó para acompañarme y darme el brazo: era hombre de talento, de estraordinaria habilidad, aunque su principal mérito consistia tal vez en parecer mas á propósito para el manejo de los negocios, que no lo era en realidad: mucho mas misterioso que profundo, merecia mejor la calificacion de intrigante que la de estadista. Sus obsequios me daban miedo, como los remordimientos de la conciencia : sabia que no me cortejaba sino por interés ó por temor ; y como le costaba poco una traycion, no me inspiró confianza ninguna. Sus propios enemigos no le perdonaron los últimos

(1) Fouchet.

servicios que les habia hecho ; y asi le ví abandonado de todos sin sentimiento de nadie, y obligado á salir del reyno para ocultar su confusion en una corte estrangera.

Por esta misma época se organizó una liga terrible contra mí : el foco principal estaba en la capital del reyno, aunque tambien se habian formado en todas los provincias cofradias secretas, que igualmente conspiraban mi ruina. En medio de los peligros que me cercaban por todas partes, temblaba y no me atrevia á presentarme al público. Aquí se blasfemaba de mi nombre , y allí se inmolaba á mis amigos , profanando el de mi padre. ¡Cuánto no padecí ! Cuánto no me mudé ! Al fin me quedé tan desfigurada, que necesité servirme de un velo para cubrir mi rostro.

Entre los nuevos señores de la corte fijé particularmente mi atencion en un hombre que al principio me miró con poco cuidado (1): era joven , bien formado, de ademan noble y orgulloso ; ponderábase la generosidad de su caracter y la hermosura de su alma ; venia á ver á mi padre con frecuencia ; hablaba con gracia ; tenia á sus órdenes las cien trompetas de la fama que

(1) Monsieur de Cazes.

le informaban fielmente de cuanto ocurria en toda la extension del reyno, y sabia hasta las anécdotas mas secretas, porque tampoco le estaban cerradas las puertas de los gabinetes mas misteriosos. Por los informes que recibia de todas partes, supo el grande interés que tomaba el pueblo en mi dolorosa situacion; y siendo obligacion suya decirselo á mi padre, le habló. Viendo entonces que este me amaba con la mayor ternura, mostró quererse estrechar conmigo, y yo le admití con interés; pero recelaba siempre que no pudiese mas en su voluntad el gusto de ver humillarse en su presencia todas las vanidades de la corte. Cuando le hacian algun desayre ciertas personas, que no le perdonaban su humilde nacimiento, disgusto que le ocurria muy á menudo, venia á consolarse conmigo. De este modo contrajo el hábito de verme; y por entre mi velo y palidez percibió algunas facciones que hicieron suave impresion en su ánimo: sintió haber venido tan tarde á ofrecerme sus respetos, y se mostró enternecido de mi estado de languidez: «Hija de un rey á quien yo venero, me dijo un dia, mucha lástima me dan vuestras dolencias, y es preciso buscar un remedio

eficaz para acabarlas. No esteis tanto tiempo encerrada; vuestra salud se resiente de ese régimen, y á poco mas que lo siguierais, no se os podria conocer: sois perdída si no salís de casa. Vuestro augusto padre me honra á veces con su confianza; le pintaré vuestro estado, y espero alcanzar de su inefable bondad los remedios convenientes." Recibí sus proposiciones generosas con agradecimiento; le hablé de sus peligros personales, y respondiendome con bizarra nobleza, me dijo: «Yo no temo la roca tarpeya" y desde entonces puse en sus manos mi suerte y mis esperanzas. Luego permitió mi padre que volviera á salir de casa: una sola caricia suya bastó para restablecerme; y mi libertador obsequiandome con una funcion, me proporcionó el gusto de ver baylar á mis enemigos. Algunos de los ayos que me dieron y que habian contribuido á mis pesadumbres, fueron despedidos; se renovó mi familia, y mi nombre volvió á incluirse en las oraciones públicas. Inmenso fue por esto el reconocimiento que tuve á mi libertador, y asi le asocié á mi fortuna y á mi gloria. Luego que se supo nuestra estrecha union, recayó en su persona una porcion del amor

que se me habia tenido : mi padre, amoroso conmigo siempre, le elevó á la primera dignidad, le colmó de favores y le contó entre sus amigos. No juzgandome él indigna de que se me iniciara en los secretos del estado, venia á consultarme de cuando en cuando como á otra Egeria. Nuestra union era casta y pura, habiendo hecho yo voto de virginidad, y siendo tal mi estrella que deberia perder el honor y la vida si quebrantára aquel voto. Mi propio padre era el augusto confidente de todos nuestros sentimientos: por la noche queria que le contáran nuestras conversaciones; se alegraba de nuestra felicidad; nos daba consejos prudentes, que obedeciamos como órdenes ; en fin, yo triunfaba, era dichosa, y todo se proporcionaba favorablemente para mis amores. Un mayordomo antiguo de mi padre (1), celoso del favor de mi tierno amigo, se empleó en representar nuestra union con cierto colorido peligroso; pero se le previno que si no estaba contento fuera á contarlo á Roma : nos cogió la palabra ; marchó en coche de la corte, y nosotros volvimos á respirar con entera libertad.

(1) M. de Blacas.

Cada dia de nuestra vida se señalaba por una nueva funcion. Se sabia que á imitacion de mi padre era yo muy aficionada á las letras; y asi los poetas, los académicos y los publicistas me atestaban de madrigales, de discursos y folletos: muchos no hacian mas que mudar los nombres propios y algunos epitetos á escritos bajos y lisongeros, que tenian compuestos para otro idolo; pero yo sabía despreciar este incienso comun, y pisar las coronas artificiales que llegaban ya ajadas de otros altares.

Honraba á aquellos escritores alentados, que en el tiempo de mis primeras desgracias tomaron noblemente mi defensa, y con varios de ellos entablé correspondiencia. El uno (1) me dirigía todas las semanas cartas picantes é ingeniosisimas sobre cuanto ocurría en la capital del reyno; el otro (2), no menos constante y que ha sido tenido en el mundo por mi benjamin, me daba consejos sabios con el grave y varonil acento de la verdad, porque yo permitia que se me dijera ó escribiera cualquier cosa, no dejandome fascinar por las

(1) Mr. Etienne. (2) M. Benjamin Constant.

alabanzas, y despreciando las injurias. Habia contraido particular amistad con una muger de admirable talento (1), cuyo trato formaba ya una reputacion en la república literaria. No ha existido jamas un escritor de nuestro sexo de estilo tan brillante, de una elocuencia tan sublime y de una imaginacion tan poética: su florida conversacion, unas veces estaba sembrada de rasgos de ingenio, y otras tomaba el caracter elevado de la inspiracion: entonces su tono parecia profético, y cualquiera la hubiera tenido por una sacerdotisa de Apolo. *Las consideraciones*, que me presentó sobre las verdaderas causas de las desgracias que habian sobrevenido á la familia de mi padre, hicieron en mi alma muy honda impresion: escuchaba á esta noble amiga con religioso encanto; pero no tardó la muerte en arrebatarsela á mi amor. Su lecho se vió rodeado de todos sus amigos y de los mios, que eran los mismos, y espiró entre sus brazos, regada de sus lágrimas (2).

(1) Madama de Stael.

(2) No profanará la indiferencia el asilo consagrado por sus últimos suspiros: una muger á quien distinguen tanto las gracias personales como las del ingenio, y dignísima de haber sido amada por Ma-

Mucho me afligió esta pérdida ; pero otros muchos pesares me estaban preparados. Luego principié á notar que mi predilecto se hacia receloso ; que empleaba menos confianza en nuestros coloquios ; se ponia de mal humor con facilidad y frecuencia : le rogué al instante que me descubriese su corazon, y por las medias palabras que le pude hacer soltar, discurrí que tenia celos de algunos de los que me manifestaban mayor afecto, ó que seguian correspondencia conmigo : "La familiaridad que tienen « algunas veces con V., me decia, no me « agrada : usan de expresiones demasiado li« bres, y V. las atiende y recibe con son« risa. Antes de mucho tiempo no se val« dra V. para ver de otros ojos que de los « de ellos, ni de otra boca que de la suya « para hablar. No quisiera ocultar á V. que « tanta llaneza me tiene descontento." Confieso sinceramente que me picó un poco este ayrecillo de reconvencion, y que por instinto propio de mi sexo me alegré de dejar

---

dama de Stael, piensa mandar levantar una columna en memoria suya. Todos los amigos de las letras, de la gloria y de la libertad, estarán prontos á presentar una religiosa ofrenda para esta empresa.

(Nota del editor frances.)

sembrada en su alma una corta dosis de celos: sin embargo previne á algunos amigos mios que en adelante moderaran sus expresiones, que se sirviesen de un tono menos familiar, y fuesen mas comedidos en sus acciones y modales; porque no hay duda de que algunos usaban un lenguage algo áspero y á veces poco decente. Mi favorito leia todas las cartas que me escribian, pues nada le ocultaba; pero no quise hacer en obsequio suyo el sacrificio de todos aquellos apasionados mios que le incomodaban, y por este motivo principió á retirarse de mi cuarto. Venia siempre á ver á mi padre, aunque se pasaban los dias enteros sin entrar á visitarme: últimamente volvió á dejarse ver en las salas de mis enemigos. No obstante que estos lo eran suyos tambien, disimularon; y sabiendo que podia disponer de mi suerte, porque tenia mucho favor cerca de mi padre y era el confidente de sus secretos, aparentaron tanto agasajo y solicitud en su recibimiento, que sin dificultad abusaron de su candor. Mas nunca pudo obtenerse de su buena índole una ingratitud completa: le aconsejaban que me perdiese, y él solo se prestó á mortificarme persiguiendo á mis amigos.

El celo de estos últimos por mi prosperidad les habia escitado á fundar una academia que empleaba sus sesiones en reconocer todos los escritos en que se hablaba de mí, sostenia aquella libertad amable que reynaba en mis tertulias, aplaudia los obsequios y alabanzas que me dirigian de todas partes, y consolaba á los amigos desdichados que eran castigados por sus errores ó por su temeridad cuando me pedian cosas indiscretas. Esta academia ofendia á la vista de mi amigo, ó por mejor decir, excitaba la envidia de aquellos sugetos cuyo influjo habia buscado últimamente. Se propuso destruirla, y para la egecucion de este proyecto se valió de un joven que habia yo distinguido entre la muchedumbre que seguia mis pasos (1). Habia este tomado sus principios en una excelente escuela, y prometia ser digno de la noble y rica herencia de recuerdos y ejemplos que le habia dejado con su propia hija mi mas ilustre amiga. Los vapores de la vanidad trastornaron un instante su cabeza juvenil, y algunas ráfagas de resplandor deslumbraron sus ojos:

(1) M. de Broglie, casado con la hija de Mad. de Stael.

negó haber sido admitido en mi cuarto, y el haber concurrido á la academia instituida bajo mis favorables auspicios. Esta retractacion extraordinaria perjudicó mucho á su estimacion; pero he sabido despues que se hallaba muy pesaroso y arrepentido: en un alma bella pronto se convierte en virtud el arrepentimiento.

Aquella era la época del año en que volvia á empezar mis *roughts* (1): estos se celebran al mediodia, y es costumbre que concurran á ellos las personas mas notables de todas las provincias del reyno. Alli se habla de lo que se ofrece, y se discute con libertad, bien que no permito nunca que se hable de mi padre sin la profunda veveracion que me inspira á mí misma su persona sagrada: respecto á mí soy mas indulgente; no hallo reparo en que se expliquen con entera franqueza sobre lo que me toca mas de cerca; correspondo con una sonrisa á los que me dicen flores, y no me enfado contra los que sueltan epigramas. Siempre se nota en estas reuniones cierto número de individuos inseparables de la chimenea, que nada dicen; que se menean

(1) Palabra inglesa, que puede traducirse *reuniones*, alusiva á las sesiones de las cámaras.

maquinalmente algunas veces sin saber por qué; recelan de que les quiten sus asientos, aunque no sean los mas distinguidos, porque los encuentran cómodos; se calientan tranquilamente; no hacen alto de lo que dirán á derecha ó á izquierda, ni aun desde el *canapé* (1); tienen siempre los ojos clavados en el reloj, y al instante que el minutero toca en la hora de comer, exhalan, como por instinto, unos gritos brutales y desentonados, se levantan desordenadamente y corren á sentarse á la mesa. No vienen á mi casa; porque yo soy sencilla y frugal: no me sientan bien los excesos que al cabo alterarian mi constitucion; pero mis ayos tienen excelentes cocineros, y sus razones para tenerlos.

Una ciudad principal del reyno en que la discordia habia hecho correr sangre, me pidió permiso para introducir en mi casa á un anciano que en su juventud se habia hecho célebre por un lustre infausto (2): rigorosamente yo no tenia derecho para desecharle; pero hay un linage de pudor que pudiera advertir tácitamente á ciertas per-

(1) El banco de los ministros.

(2) M. Grégoire.

sonas que deben abstenerse de frecuentar ciertas casas. Convengo en que se use en la mia de una suave libertad; pero no tolero los abusos. Reprendia seriamente á mis amigos que hubiesen tenido esta falta de consideracion, cuando me escribió uno de ellos que habian influido en ella mis mas fogosos antagonistas, pensando de este modo sembrar la cizaña en mi tertulia. Decian unos que *no era digno* de presentarse en casa; yo sabia por otra parte que su presencia causaria mucha afliccion á mi padre: al cabo él mismo me sacó de este apuro no presentandose, y todos mis verdaderos amigos lo celebraron.

Pero ¡quién lo creeria! mi favorito, quejoso de que no hubiese impedido esta ocurrencia penosa para mi familia, quiso echarme la culpa, y supuso que por mi propio consejo se habia propuesto esta presentacion hostil; que yo queria ser mas soberana que el rey mi padre: últimamente que mi conducta ocasionaba por todas partes *una inquietud vaga*. Representé mi inocencia; supliqué que no se formara ligeramente juicio de mí por una eleccion que habia dictado una esperanza culpable, no siendo mas bien una desesperacion ciega ó

mal aconsejada. Mi favorito se ensordeció á mis ruegos; hizo que mi padre me reprendiese publicamente; y por último, asustado ó celoso de la gente que concurria á mis *roughts*, empleó toda su atencion en formarlos de personas mas favorables á sus miras, y mas dóciles á su voluntad.

Al paso que se aumentaba su indiferencia hácia mí, estrechaba cada vez mas sus relaciones con mis enemigos: en las tertulias de estos concibió ideas de vanidad, y mi libertador se hizo al cabo cortesano. Una noche que volvía sin duda de alguna de aquellas regiones elevadas, cuya atmósfera causa siempre una embriaguez peligrosa, entró en mi casa, vestido de corte y con poco comedimiento: ciertamente no me pareció tan bien como antes; pero mi condescendencia para con él era tanta, que la reprension merecida espiró entre mis labios. Lejos de reconvenirle, le mostré todo el fondo de mi ternura; quise darle nuevas pruebas de ella, manifestandole los peligros á que le llevaban sus pasos, la vanidad de las caricias que le prodigaban, y los pesares que le asaltarian en el abismo, donde iba á precipitarle su ceguedad. No tardé en conocer que mi voz habia per-

dido ya aquel imperio que egercia antes en su alma: me oía en ademan de distraido, y se sonreia con un ayre de desden. Justamente ofendida de tanta ligereza, le hize cargo entonces de su ingratitud; y picandose nuevamente de esto, tachó con amargura ciertas conexiones mias, se burló de mi supuesto voto de virginidad, y fuera delirio, ó fuese necesidad de cumplir alguna promesa secreta de ofrecer mi honor y mi gloria, como holocausto, á mis enemigos, se atrevió á levantar contra mí una mano osada, y quiso asociarme á la deshonra de Lucrecia..... «Acuérdate del destierro de Tarquino", le dije; y se retiró, dejandome atónita y penetrada de dolor.

Yo hubiera querido callar esta afrenta; pero no tardó en divulgarse la voz, que por desgracia confirmaba demasiado el estado de languidez en que luego se me vió caer. Desde aquel instante los corazones que se me habian mantenido fieles, se despegaron de mí, aun á pesar de mi antiguo libertador; y tan duramente le echaron á este en cara su ingratitud, que llegaron á convertir en odio el amor que me tenia. ¡Me habia querido tanto! Y ahora mi presencia sola le incomodaba; el sonido de mi voz

destemplaba sus sentidos, y le irritaban mis cartas. ¡Cruel! Se propasó hasta querer que se me encarcelára, y dejó encargado á otros este horrible triunfo. Mas á pesar de todo el mal que intentaba hacerme, siento que le quiero todavía, y le hago con mucho gusto la justicia de reconocer que el dia en que hizo esta proposicion tan dura, se hallaba turbada su razon por una gran calamidad, y se veia arrastrado, como por el impulso de un hado ciego, hácia el altar en que habia de ser inmolado.

La juventud cayó en los lazos de la vieja experiencia de las cortes. En medio del duelo público se levanta una voz del campo de sus nuevos aliados, imputandole un delito execrable: repite este ultrage un infame eco, y su alma despierta excitada por la indignacion; pero ya se hallaba agoviado del peso de una fuerza oculta que le precipitó de la cumbre de las grandezas. Desásese de los brazos de mi padre, llega á mi cuarto para dejar su targeta de despedida, y no se atreve á entrar á verme; huye, cubierto de un manto de corte hácia las playas en que fuí concebida, y en donde le afligirá la presencia de mi madre, la cual cada dia le hará llorar mas amargamente los ul-

trages que ha hecho á su hija, habiendo podido hacerla tan feliz.

Es muy propio de la debilidad del corazon de los mugeres el que á pesar de su mal proceder no pudiera verle partir sin dolor y espanto: teniendole presente me lisongeaba de que podria vencer su inconstancia, atraerle á mí y volver á disfrutar de mis mas hermosos dias; pero estando ausente, recelaba que seria mas desdichada. Dícese que por muestra de su última atencion quiso intervenir en la eleccion de los ayos á quienes iba á confiarse mi suerte; mas ¿no le engañó tambien en estas circunstancias la virtud harto comun de las almas generosas? ¿Puede fundarse una esperanza razonable en la movediza arena de la ambicion? Creia que despues de haber cogido con mano osada la antorcha de la Verdad para descubrir los horribles misterios que habian manchado la cuchilla de la justicia.....; creia que despues de haber sido sesenta años virtuoso.....; creia que la flexibilidad humana tenia límites; que la amistad no los tenia; creia ademas otras muchas cosas, de que ya estará hoy desengañado: no era yo tan confiada; veia al rededor de mí á varios sujetos que se habian separado

del servicio ó de la familia doméstica del grande enemigo de mi padre; sabia cuanto trabajo les costaria hacerlo olvidar, y temia mas sus remordimientos que la franqueza del odio de mis adversarios. ¡Ah! no eran fantásticos aquellos temores. El legado de amarguras que me habian dejado mi antiguo predilecto, ¡harto me lo hicieron recoger sus succesores! Me encerraron en una torre, donde nadie puede verme, y estoy guardada por diez celadores ricamente vestidos; me sugetaron á todo género de privaciones; me negaron hasta los consuelos ordinarios de los presos; plumas, tinta, papel y libros; se prohibió á mis amigos entrar á verme y hablarme; tuvieron la crueldad de noticiarme que daba motivo á un cisma, y que á ciertas personas les parecia una blasfemia pronunciar mi nombre: unos querian separarme por fuerza de mi padre; otros, que deseaban vernos siempre reunidos, fueron maltratados públicamente sin consideracion á la dignidad de su carácter: acudieron á sostenerlos sus parciales, y oí entonces resonar por el ayre mi nombre mil veces repetido entre varios grupos de gente: oí el ruido de los caballos, y un tiro de fusil; vi luego pasar un entierro

acompañado de muchos jovenes, vestidos de luto; mas como estaba privada de toda comunicacion esterior, no podia entender la significacion de este triste espectáculo, y la ignorancia aumentaba mis inquietudes. Un dia, que pensativa me acerqué á los hierros de mi ventana, divisé á un hombre de cierta edad (1), que se llegó á dejar al pié de mi torre un librito de memorias. Pensaba haberle reconocido por sus medias moradas; y habiendo alcanzado lo que dejó, valiendome de una cinta larga, ví con efecto la letra de un abate, que ya otras veces me habia dirigido cartas deliciosas. Creyendome todavía mas enferma de lo que lo estaba realmente, me suplicaba que para aquella misma noche le citase á hora oportuna en que me traeria los auxilios de su religion. Yo le queria mucho y tenia vivos deseos de volverle á ver, para lo cual nos sirvió maravillosamente la casualidad. El celador, que estaba aquel dia de guardia, me habia ofrecido en otro tiempo sus respetos, y por la amistad que le unia con mi antiguo favorito, mitigaba algunas veces el ordinario rigor con que era tratada su encarcelada.

(1) M. de Pradt.

Siendo por otra parte hombre alegre y divertido, se habia ido de tertulia á casa de una amable viuda, á la cual parece que habia consagrado los ócios de una vida muy vária. Me aproveché de su ausencia, y recibí al abate: este halló mi rostro muy mudado: " Pero con una constitucion como la vuestra, me dijo, siempre hay recursos, y quedan esperanzas. " Hablaba con un tono mas enérgico que otras veces: " ¿Qué quiere V.? añadió; tengo mi corazon y mi cabeza como si los estuvieran tenaceando. Ya ha principiado á correr la sangre; ¿en qué parará esta horrible libacion?.... Fuera de aquí todos esos decrépitos hazañeros y enconosos, que no nos dejan ver libremente el trono. Es preciso hacer una mudanza completa de los sugetos encargados de vuestra persona; despedid immediatamente, para siempre, y sin dejar uno, á todos los que nos han acercado á este abismo con una obcecacion de que no creeria capaz á la humanidad, si no los conociera. " Hablaba tan alto el abate y con tanto acaloramiento, que estando ya de vuelta en casa mi celador, le oyó; y entrando súbitamente en mi cuarto, no solo le encontró á solas conmigo, sino que le cogió entre las manos

una memoria en que referia él mismo los últimos acontecimientos que tanto me habian sobresaltado. Metió mucho ruido la aventura, y no dejaron mis enemigos de calificarla de escandalosa, dando campo á la malicia el espíritu de galanteria del prelado; pero en esta ocasion no se contentaron con reir: los grandes intérpretes del reyno fueron congregados, y con el auxilio de su ciencia hicieron manar de aquella memoria mil atentadillos en que ni siquiera habia pensado el autor: no fue poca fortuna que me quedasen todavía algunos amigos entre los jueces, que pronunciando de acuerdo con su corazon, sacaron á salvo de tan penoso trance al hombre de la verdad.

Su triunfo me causó alegria; pero esta fue demasiado pasagera para templar mis penas. Siempre estaba sola; tristísima y privada de noticias de toda especie: con todo eso, como á miembro de la familia, me dirigieron de dos reynos vecinos unas cartas en que me daban parte del nacimiento de dos primas, (1) cuya inesperada aparicion habia causado pesar á sus padres, que no las aguardaban tan pronto; me decian

---

(1) Las Constituciones de España y de Nápoles.

en la postdata de ellas, que sin embargo estos las habian reconocido, y sus pueblos habian asistido con gran júbilo al bautizo. Luego he oido decir que estas dos princesas, nacidas en los campos de Marte, podrian ocasionar con el tiempo grandes debates; y que otros principes las querian ahogar en su propia cuna por temor de que se hiciesen grandes, y les viniera luego el capricho de viajar por los estados de ellos: últimamente aseguran que los parientes principales deben congregarse en una ciudad del norte para decidir si han de ser legítimadas y admitidas en la familia. ¡Ojalá se libren de las tribulaciones que yo padezco, y puedan hacer felices á sus padres adoptivos y á todos los súbditos de estos!

La violencia que padecia, las pesadumbres de mis amigos, el silencio á que me veía sujeta, y que al cabo viene á ser un linage de martirio para nuestro sexo, iban obrando en mi salud siniestramente, y alterando los principios de la vida: por último llegué á postrarme enferma de gravedad. Una noche, que hacia un tiempo muy malo, y soplaba con violencia el viento del norte, tuve un sueño agitadísimo; mil fantasmas funestos habian agitado mi imagina-

cion, cuando se me aparece un genio, de venerable semblante y con unas barbas muy largas que le llegaban hasta el pecho: su mirar vivísimo parecia capaz de penetrar lo futuro, traia en los ombros alas y en la mano una guadaña. " Joven desdichada, me dijo, sosiégate: ¿no sabes que la Santa de tu nombre fue tambien muy probada en las desgracias? Ya la he visto soberana y floreciente; ya proscrita, mutilada y cargada de cadenas. Ella es la que en otro tiempo hizo de la muerte una virtud para trescientos guerreros que reunió su voz (1); ella es la que bajo otro cielo inspiró una demencia sublime al gran ciudadano que habia de salvarla á costa de la sangre de su propio hijo (2); ella es la que poco ha entre los pueblos montañosos guió la flecha immortal de un padre y de un héroe (3); ella es la que plantó sus pendones en el suelo del mundo selvage (4); ella es la que tan fiera y tan terrible se levantó en los estados de tu padre; se levantó para repeler las amenazas y el yugo del dominio estrangero; y en fin, ella es la que con su antor-

(1) En Esparta. (2) Bruto. (3) Guillermo Tell.
(4) La América.

cha en la mano acaba de rejuvenecer á la antigua tierra del fanatismo. ¿ Piensas que por medio de tantos siglos y de tantas revoluciones no ha costado su triunfo llantos y sangre ? Ella ha tenido sus verdugos, como ha tenido sus mártires ; pero impávida é inalterable en el banco de los tormentos, cantando en los calabozos y sonriendose bajo la cuchilla mortífera, se ha sentado luego tranquilamente entre las ruinas y las cenizas. ¡ Y tú murmuras de algun corto ultrage, de alguna ratería experimentada en tus derechos ! ¡ tú te lamentas de la pérdida momentánea de tu libertad. ! Sosiégate, vuelvo á decir : tu augusto padre no te dió la vida para dejarte abandonada en tan tierna edad : confía en su bondad y cuenta con su poder. " Dicho esto el genio agitó sus alas y desapareció.

A la turbacion que de pronto me causó este sueño, sucedió aquella calma que le da al espíritu una esperanza suave ; pero aun cuando se realizase esta, no por eso se mejoraria el estado de mi salud, hallandome muy enferma. Sin embargo debo confesar que era general el interes que se tomaba por mi conservacion, y que parecia crecer á proporcion de mis males mi popularidad.

Habian sacado un retrato mio, muy parecido, en bronce, poniendo al pié de él aquellas palabras que mi padre, aludiendo á mis antiguas dolencias, pronunció estando en el bayle que dió en mi obsequio mi último favorito: *no te mudarás*. Sacaron mis amigos copias á millares, y las repartieron entre todas las clases del pueblo: el uno, por tener el gusto de verme todas las mañanas, habia mandado grabar mi imagen en su pipa de fumar; y el otro, por ver mi rostro á cada instante, le llevaba pintado en su caja de tabaco: gracias al celo de un pintor que vendia estos retratos á un precio tan ínfimo, que todos podian comprarlos. Quisieron mis enemigos ridiculizar este nuevo culto que se me tributaba; pero como si su odio me hubiese hermoseado mas, cada uno, quedando por esto mas acostumbrado á considerar mis facciones y á apreciar las gracias de que estaba dotada, me mostraba mas viva aficion. No pudo mi padre dejar de complacerse al ver los nuevos homenages que se rendian á su hija; vivificaron estos su amor, y aquel mismo empeño general que se tenia por poseer mi retrato acompañado de clamores continuamente exhalados á favor mio, le sugirió la sospecha

de que mis celadores no le hubiesen tal véz dado noticias exactas del estado de mi salud. Otra circunstancia inesperada contribuyó despues á aumentar sus recelos.

Conforme al uso solemne se habia renovado mi familia....., ¡no obstante mi ausencia! Habiendo visto mi padre restablecidos en el servicio de mi cuarto muchos de aquellos sugetos que los adversarios de mi libertador habian buscado por todas partes desde algunos años, y que habian creido *inhallables*, sospechó la verdad de todo lo que pasaba; y movido del mismo amor que me tenia, vino á visitarme. Luego que le ví entrar, le abracé con ansia, diciendole: "asi quisiera estar siempre estrechada con vos, para ser feliz." Despues le hablé de los trabajos que pasaba en mi cautiverio, y de que no tenia cabal noticia, concluyendo por contarle mi sueño y la aparicion del genio que traia las grandes alas. "Hija mia, me respondió con un tono, aunque grave, afectuoso, tus sufrimientos angustian mi corazon paternal; pero si tienes enemigos exagerados y prontos á sospechar de tí, tambien tienes amigos imprudentes en su celo: los primeros me quieren tal vez mas de lo que solicíto, y

los otros se olvidan á veces de mí en cuanto en tí fijan sus esperanzas. A pesar de estas reliquias de un espíritu perturbador, que altamente detestan mis servidores leales, quiero que permanezcan siempre unidos nuestros dos nombres; quiero que bajo tus auspicios renazcan para mi reyno los dias de su prosperidad. Pero no seamos precipitados: considera que la paciencia y la moderacion son potencias tambien. No dejan á veces de ser los sueños advertencias del cielo; confia en el genio que te se ha aparecido. Ciertamente para lograr el fin de todos nuestros deseos, se necesita la concurrencia de dos condiciones, el tiempo y la tranquilidad."

Padre mio, ¡qué suaves y consoladoras son vuestras palabras! No hay duda en que el tiempo es un médico habil: pero se conocen recetas todavia mas prontas y eficaces que las suyas. Una de estas me salvó, cuatro años ha, del peligro de mi primera enfermedad: ¡ah! si sometida otra vez á aquel antiguo régimen que me puso á las puertas de la muerte, y que inevitablemente me hubiera privado de la vida... considerad, padre mío, que vuestras recetas solas pueden restituirme la salud."

Mi padre me estrechó otra vez en su seno, y se volvió á su palacio.

La grande alegría produce á las veces el mismo efecto que el gran dolor: la debilidad que experimentaba no me permitió sostener esta interesante conferencia sin una emocion vivísima. Me siento en este instante demasiado agitada para continuar mi relacion: luego que esté mejor, y que haya recobrado el libre uso de todas mis facultades, volveré á tomar el hilo de mis aventuras.

FIN DEL CAPITULO PRIMERO.